

«Desnaturalizados, proscritos y exterminados»

BORJA VIVANCO DÍAZ

DOCTOR POR LAS UNIVERSIDADES DE DEUSTO Y DEL PAÍS VASCO

Como los judíos en tiempos de los Reyes Católicos o los moriscos durante la monarquía de Felipe III, los jesuitas fueron asimismo expulsados de España. Por cierto que Ignacio de Loyola, en uno de los momentos más álgidos del 'antisemitismo', proclamó su deseo de ser judío para, según él, pertenecer a la misma raza que Jesús de Nazaret, pero posiblemente también como un gesto de solidaridad -casi inaudito en la España del siglo XVI- hacia los hijos de Israel. En estos mismos años el primo del emperador Carlos V, Francisco de Borja, quien llegó a abandonar todos sus títulos nobiliarios y riquezas en el momento de ingresar en la Compañía de Jesús, fundó en su ciudad natal -Gandia- la primera universidad jesuita de la historia con el objetivo precisamente de instruir al pueblo morisco.

La Universidad de Gandia desapareció abruptamente en 1767, cuando el rey Carlos III expulsó de España a los hijos de Ignacio de Loyola. Todos sus bienes y propiedades fueron confiscados y rápidamente partieron al exilio. Todavía hoy podemos observar grabado en piedra, en la discreta fachada de la iglesia de los Santos Juanes del Casco Viejo de Bilbao, el escudo de la dinastía de los borbones que vino a sustituir al anagrama de la Compañía de Jesús. Este templo, junto al colegio de San Andrés al que estaba anexo, fue regentado por los jesuitas hasta la hora de su expulsión.

En 1761 el monarca, nada más subir al trono, derogó el Tratado de los Límites que su predecesor Fernando VI había acordado con la corona de Portugal en 1750, a fin de permitir el regreso de los jesuitas y de los indios guaraníes a las siete 'reducciones', que se habían visto obligados a abandonar en América del Sur una vez que pasaron a manos del imperio luso. Al parecer, su esposa, alentada por su confesor jesuita, fue quien convenció al rey. Pero el mismo Carlos III, quien tan decididamente había salido en defensa de los jesuitas y de su labor misionera, acabó poco después decretando la disolución de la Compañía de Jesús. ¿Qué le hizo cambiar tan rápidamente de opinión? La respuesta la encontramos en la campaña de difamación contra los jesuitas que estaba recorriendo Europa, liderada por el marqués de Pombal y primer ministro del rey de Portugal. Más de 20.000 ejemplares de un panfleto, elaborado por Pombal, fueron distribuidos en distintas lenguas a lo largo y ancho del continente.

En este periodo, la Compañía de Jesús se había convertido en el enemigo a batir por parte del 'despotismo ilustrado'. La filosofía política de los jesuitas se oponía al poder abso-

luto, arbitrario y centralizado en la figura del monarca. Los jesuitas eran casi los únicos que, en los países católicos, marcaron distancia respecto a las corrientes regalistas, que no estaban dispuestas a que ni clero, ni nobleza ni cualquier otro estamento social relativizaran el absolutismo monárquico. Por lo tanto, la presencia de los jesuitas en los confesionarios de las cortes, su prestigio intelectual y sus selectos centros educativos, donde era educada buena parte de la aristocracia, despertaron el odio político de ministros, embajadores y otros funcionarios reales casi siempre arribistas.

Los jesuitas representaron un pensamiento político entonces minoritario, pero libre e independiente, que defendía una Iglesia y una sociedad civil con identidad propia y no sometidas a la autoridad ilimitada del Estado, de acuerdo con los valores políticos que hoy en día son más aceptados. Su tesón y resistencia en defensa de las propias convicciones, sin más armas que las bibliotecas de sus colegios y universidades, son una lección de la cual aprender en nuestro tiempo. Por ejemplo, Francisco de Rávalo, confesor y hombre de absoluta confianza de Fernando VI, a espaldas del monarca escribió a sus compañeros jesuitas animándoles a desobedecer al rey con el objeto de que no abandonaran las siete 'reducciones' y a los 30.000 guaraníes que vivían feliz y pacíficamente en ellas.

En 1759 José I, rey de Portugal, declaró a los jesuitas «desnaturalizados, proscritos y exterminados». Justo un año antes el monarca había sobrevivido a un atentado, cuando regresaba de visitar a su amante y

que atribuyó -sin prueba alguna- a los jesuitas. Seguidamente los jesuitas serían también expulsados de los reinos borbones y el Papa, sintiéndose acorralado por el despotismo ilustrado, optó por suprimir la orden en 1773.

En este año de 2014, se conmemoran los 200 años de la restauración de la Compañía de Jesús con distintos actos culturales y religiosos en todo el mundo. Si la Compañía de Jesús no hubiera sido restaurada, a buen seguro que los jesuitas serían ahora protagonistas de novelas de misterio e intriga que, como a los caballeros templarios por ejemplo, les identificarían con algún tipo de desconocida sociedad secreta.

En cierta medida, ésta es también una efeméride con sabor agríndice, porque los jesuitas no pudieron recuperar todas las obras apostólicas que les fueron incautadas. La citada Universidad de Gandia, por ejemplo, nunca fue reabierta y no fue hasta 1886, con la fundación de Deusto, cuando los jesuitas volvieron a dedicarse a la enseñanza superior en España. La Compañía de Jesús tampoco regresó a la iglesia de los Santos Juanes de Bilbao, si bien este templo nos sigue legando una de las mejores joyas artísticas del barroco jesuita.

Aquella Compañía de Jesús, que en 1814 vio de nuevo la luz, fue reconstruida básicamente por ancianos -casi como hoy- que habían ingresado en la orden en vísperas de su desaparición. Pero este instituto envejecido supo entonces transmitir a las generaciones futuras la mejor tradición jesuita. Confíemos que hoy sepa también volver hacerlo.

ANTÓN

Los antidisturbios dispondrán de cascos y escudos más duros

